
SOCIALISMO, DEMOCRACIA Y NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Chantal Mouffe

análisis y debate



La emergencia de los *nuevos movimientos sociales* ha transformado profundamente el campo tradicional de lo político. Pero, ¿hemos de concluir por ello, con Alain Touraine, que estamos en el «postsocialismo», y, con André Gorz, que es el momento de decir «adiós al proletariado»? ¿Qué lecciones debemos extraer de esas nuevas formas de lucha y cuál es su importancia para una política de izquierda? Este va a ser el tema de mi reflexión. Procuraré responder a las cuestiones siguientes:

- 1) ¿De qué tipo de antagonismo son expresión los nuevos movimientos sociales?
- 2) ¿Cuál es su vinculación con el desarrollo del capitalismo?
- 3) ¿Cuál es su relación con la crisis actual y cuál ha de ser su lugar en una estrategia socialista?

Si se pretende responder a esas cuestiones a partir de una problemática marxista, es necesario, ante todo, superar una serie de obstáculos teóricos ligados a las diversas for-

mas de economicismo y de reduccionismo de clase que han impedido hasta ahora formular el problema de la complejidad social de una manera satisfactoria. Empezaría, pues, indicando muy brevemente los puntos principales de la lectura noeconomicista del marxismo que se va a desarrollar en mi análisis.

Bases teóricas.

Contra el reduccionismo de clase que postula que todos los sujetos sociales son necesariamente sujetos de clase, que cada clase social posee su ideología paradigmática y que todo antagonismo es reducible finalmente a un antagonismo de clase, yo afirmaría la existencia en todo individuo de múltiples *posiciones de sujeto* que corresponden a las diferentes relaciones sociales en las que se halla inserto y a los discursos que las constituyen. Entre esas diferentes *posiciones de sujeto* no hay ninguna razón para atribuirle un privilegio cualquiera *a priori* a la posición *de clase* como principio articulador de la subjetividad y, por otra parte, es incorrecto atribuir a esta posición de clase formas paradigmáticas necesarias. Por consiguiente, la problemática de los *intereses fundamentales* debe criticarse porque consiste en atribuir a lugares determinados en el proceso de producción formas políticas e ideológicas necesarias. Ahora bien, los intereses nunca preexisten a los discursos en los que se constituyen y articulan, y no pueden ser la expresión de posiciones en el plano económico.

Frente al economicismo que presenta la evolución social como algo dirigido por una lógica única de tipo económico y piensa que la unidad de una formación social es el resultado de «efectos necesarios» de la infraestructura económica sobre las «superestructuras» ideológicas y políticas, yo defendería aquí una idea de la sociedad como conjunto complejo de relaciones sociales heterogéneas que tienen su dinamismo propio y que no pueden ser reducidas a las relaciones sociales de producción o a sus condiciones ideológicas y políticas de reproducción. Yo pondría a discusión la distinción entre infraestructura y superestructura, ya que implica una idea economicista de la economía, entendida como un mundo de objetos y de relaciones que podría existir con anterioridad a sus condiciones de existencia ideológicas y políticas, y que funcionaría independientemente de acuerdo con una lógica propia y absolutamente autónoma del resto de las relaciones sociales a las que determinaría. La unidad de una formación social se presentará aquí como el resultado de articulaciones políticas que resultan de las prácticas hegemónicas de las diferentes fuerzas sociales y cuyo resultado es la formación de un *sistema hegemónico*.

Denomino *sistema hegemónico* a un conjunto de formas sociales relativamente estables que constituyen la materialización de cierto tipo de articulación instaurado entre diversos tipos de relaciones sociales, de manera tal que éstos se suministran recíprocamente sus condiciones de existencia mutuas o, al menos, de forma que queden neutralizados los efectos disruptivos potenciales que determinadas relaciones sociales podrían tener sobre la reproducción de los otros. Un sistema hegemónico se organiza siempre en torno a la centralidad de un tipo de relaciones sociales. En el capitalismo se trata de relaciones sociales de producción, cuyo papel central, como ha señalado Castoriadis, no es un hecho de la estructura sino el resultado de una política hegemónica que les ha asegurado su puesto. Pero esta hegemonía no queda nunca establecida de una vez por todas y es necesario luchar constantemente para crear las condiciones necesarias para la valorización y acumulación del capital, lo que implica un conjunto de prácticas no sólo económicas sino también políticas y culturales. Una concepción así nos permite pensar el desarrollo del capitalismo como el resultado de una lucha política incesante que modifica periódicamente las formas sociales por medio de las cuales se asegura la centralidad de las relaciones sociales de producción, y nos permite, asimismo, entender la historia del capitalismo como jalonada por sucesivos sistemas hegemónicos.

Nuevos antagonismos y sistema hegemónico.

La tesis que voy a desarrollar es la de que los nuevos movimientos sociales son la expresión de antagonismos que han emergido como consecuencia del sistema hegemónico que se instauró en los países occidentales después de la Segunda Guerra Mundial y que hoy está en crisis. Podemos caracterizar ese sistema hegemónico como la articulación de cierto tipo de proceso de trabajo: el fordismo¹; cierto tipo de Estado: el Estado keynesiano, y de nuevas formas culturales para las cuales proponemos la expresión de *cultura mediática*.

Hay que insistir en el hecho de que la instauración de tal sistema hegemónico ha constituido un proceso complejo consistente en el establecimiento de un principio de articulación entre un conjunto de transformaciones resultantes de lógicas diferentes y que no podemos derivar en absoluto y de manera automática una de otra como pretende la lógica economicista. En efecto, las transformaciones del proceso de trabajo que conducirían a la instauración del taylorismo y, finalmente, del fordismo estuvieron dirigidas por la necesidad de destruir la autonomía que todavía ejercían los obreros sobre el proceso de trabajo, y de acabar con las resistencias obreras que obstaculizaban la valorización del capital. Pero, a partir del momento en que la cadena de montaje semiautomática característica del proceso de trabajo fordista permitió subordinar al obrero al ritmo de la máquina, ello posibilitó una producción de masas para la cual no existían salidas suficientes habida cuenta del bajo nivel de los salarios.

Así, era necesario transformar profundamente el modo de vida de la clase obrera a fin de crear las condiciones requeridas para el relanzamiento de la acumulación. Pero el hecho de que se requieran ciertas condiciones para el funcionamiento de la acumulación y para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, no indica de ninguna manera que tales condiciones se vayan a producir necesariamente. Como señala Negri², el rasgo de genio fue saber servirse de la ola de luchas obreras que se desencadenó como respuesta a la intensificación del trabajo, con objeto de ligar el aumento de la productividad con un aumento de los salarios. Pero esto requirió una intervención del Estado, tanto para contrarrestar la tendencia de los capitalistas a reducir los salarios como para instaurar los mecanismos políticos necesarios para mantener las luchas obreras dentro del marco de exigencias compatibles con la reproducción del capitalismo. Por consiguiente, cabe perfecta y lícitamente afirmar que ese nuevo sistema hegemónico fue el resultado de una articulación política.

Las consecuencias de esta reestructuración para el conjunto de la sociedad van a ser inmensas, ya que van a alterar profundamente el modo de vida y la organización social. Vamos a asistir a la extensión de las relaciones de producción capitalistas no sólo al conjunto de las actividades productivas, sino también a esferas cada vez más numerosas de la vida individual y colectiva. La sociedad va a transformarse en un vasto mercado en el que todos los productos del trabajo humano se convierten en mercancías y donde cada vez más *necesidades* han de pasar por el mercado para ser satisfechas. Esta *mercantilización* de la vida social, resultado de la subordinación a la lógica de la producción para el beneficio de campos cada vez más numerosos de la existencia individual y colectiva, unida a las nuevas formas culturales, y a la intervención creciente del Estado va a destruir toda una serie de relaciones sociales anteriores basadas en la autonomía y en la reciprocidad, para reemplazarlas por relaciones de dominación que provocarán resistencias cuya expresión son *los nuevos movimientos sociales*. Pero todos esos nuevos antagonismos que van a emerger a partir de los años 60 no tienen su origen en la imposición de formas de dominio nuevas que no existieran con anterioridad. En efecto, una de las consecuen-

cias del desarrollo del capitalismo —en particular, de la forma hegemónica que vamos a analizar— es la tendencia a disolver las relaciones sociales anteriores que *ya eran relaciones de dominación*, como es el caso de la familia patriarcal. La subordinación de las mujeres es, efectivamente, un fenómeno que existía mucho antes que el capitalismo, y el hecho de que el feminismo no emerja hasta la aparición del capitalismo no significa en absoluto —como se pretende a veces— que se trate de una lucha contra una forma de dominación creada por el capitalismo, sino que la alteración de las relaciones sociales preexistentes permite a esta subordinación dar origen a un antagonismo³.

Ya se trate de antagonismos causados por la *mercantilización* de todas las necesidades sociales, por la intervención burocrática del Estado o por la destrucción de los valores tradicionales (sean o no éstos expresión de relaciones de dominación), lo que todos esos nuevos antagonismos tienen en común es que no afectan al individuo en cuanto ocupante de una posición definida en el proceso de producción y, por tanto, no son antagonismos *de clase*. Por supuesto, esto no quiere decir que el antagonismo de clase haya sido eliminado, pues, de hecho, el número de individuos sometidos a las relaciones de producción capitalistas en el proceso de trabajo se incrementa en la medida en que cada vez son más los bienes que se producen a través de un proceso de producción capitalista y que esferas cada vez más numerosas de la vida social se convierten en *servicios* suministrados por el capitalismo. Si tomamos el término de proletario en su sentido estricto de trabajador que vende su fuerza de trabajo, podemos hablar, sin duda, de un proceso de *proletarización*. Pero el hecho de que exista un número creciente de individuos que en relación con su posición de clase se ven sometidos al dominio capitalista, no constituye un *nuevo* antagonismo, sino la extensión de un antagonismo ya existente.

Lo nuevo es la difusión de la conflictividad social a otras esferas y la politización de todas las relaciones sociales. Una vez que se ha reconocido que se trata de resistencias contra formas de dominación que son la consecuencia del desarrollo del sistema hegemónico de la postguerra, estamos en condiciones de comprender el vasto *potencial* anticapitalista que representan tales luchas. En la medida en que cuestionan un modelo de desarrollo productivista y un Estado burocrático constituyen, sin duda ninguna, reivindicaciones fundamentales para una estrategia socialista.

Por tanto, es profundamente erróneo el afirmar que esos movimientos han emergido como consecuencia de la crisis del *welfare state*. No cabe duda de que la crisis va a exacerbar esos antagonismos, pero es igualmente cierto que no es la causa de su aparición, puesto que esos antagonismos son la expresión del funcionamiento del sistema hegemónico en su punto más alto. Se puede afirmar, por otra parte, que la crisis ha venido provocada, en buena medida, por esas resistencias crecientes al dominio de la sociedad por el capital y el Estado. Por lo demás, los teóricos neoconservadores no se equivocan cuando insisten en el fenómeno de la «ingobernabilidad» de los países occidentales y en la necesidad de poner un freno a lo que ellos califican de «asalto democrático». El hecho de presentar la crisis como el origen de los nuevos movimientos no sólo procede de una problemática economicista —según la cual la crisis sería puramente crisis económica que tendría sus manifestaciones típicas en el plano político—, sino que también proviene de una problemática reduccionista que remite todo antagonismo a un antagonismo de clase y niega así la importancia de los nuevos movimientos, a los que presenta como pura patología social, como un fenómeno irracional vinculado a la crisis. Semejante óptica impide reconocer su potencial anticapitalista y las importantes lecciones que tales luchas implican para una reformulación de la idea de socialismo.

Nuevos antagonismos y nueva derecha.

He hablado conscientemente de un *potencial* anticapitalista únicamente porque hay que guardarse de caer en el error inverso al que acabo de criticar, y que consiste en atribuir a esos nuevos movimientos el papel revolucionario privilegiado que la clase obrera habría perdido. Pues esas luchas, al igual que las de la clase obrera de otrora, no tienen un carácter necesariamente socialista. Efectivamente, no hay formas paradigmáticas en las cuales vayan a expresarse —ya sea a nivel del proceso de trabajo o bien sea en otras relaciones sociales— las resistencias a la dominación. Tal expresión dependerá de los discursos existentes, en un momento dado, y de su capacidad para articular esas reivindicaciones, así como del tipo de *sujeto* que construyan. Esas resistencias pueden perfectamente articularse con argumentos de derecha anti *status quo*, con argumentos de izquierda, o bien ser absorbidos por el sistema dominante a fin de neutralizar, o incluso de utilizarlas, para *modernizarse*. Por otra parte, es evidente que hay que abandonar la problemática del *sujeto revolucionario privilegiado* que, gracias a una característica cualquiera dada *a priori*, tendría vocación de universalidad y la misión histórica de liberar a la sociedad. Una vez que se ha aceptado que todo antagonismo es necesariamente específico y limitado y que no existe una fuente única de todos los antagonismos sociales, es preciso admitir que el sujeto revolucionario socialista será el resultado de una construcción política que articule todas las luchas contra todas las formas de dominación y que, si en ciertos casos un grupo particular va a desempeñar un papel central en esta construcción, ello es debido a razones derivadas de su capacidad política, de haber logrado crear esta articulación en determinadas condiciones históricas, y no por razones *a priori* de carácter ontológico. Así, hay que superar la dicotomía estéril clase obrera *versus* nuevos movimientos —que por lo demás no puede corresponder a una separación sociológica, ya que los obreros no pueden reducirse a su posición de *clase* y están también insertos en otros tipos de relaciones sociales que construyen otras posiciones de sujeto —y reconocer que el desarrollo del capitalismo, hoy, ha tenido como efecto ampliar el campo de la lucha política hasta un punto que nunca se había alcanzado hasta ahora. Todo ello abre la posibilidad de una guerra de posiciones en todos los niveles de la sociedad y puede permitir, por lo tanto, una transformación radical ⁴.

Sin embargo, esta guerra de posiciones está ya produciéndose y, hasta ahora, está siendo llevada de manera mucho más eficaz por la derecha que por la izquierda. El sistema hegemónico, cuyos efectos acabamos de describir, se encuentra hoy en crisis y estamos en un período en el que ha de producirse una profunda reorganización con el fin de recrear las condiciones políticas, económicas y culturales para el relanzamiento de la acumulación. La derecha tiene un proyecto muy preciso que implica el desmantelamiento del Estado keynesiano. La derecha ha sabido jugar ya muy hábilmente para articular el potencial antiestatal creado por las resistencias a la intervención burocrática del Estado, si podemos juzgar por el éxito del populismo de derechas de Reagan y, en menor medida, de Thatcher. De hecho, lo que hay de *nuevo* en la nueva derecha es precisamente la utilización de ese potencial de resistencia contra el sistema hegemónico existente, a fin de intentar articular en él el mayor número posible de elementos, de es potencial en un discurso reaccionario que confirma los valores tradicionales y pretende recrear una supuesta *edad de oro* anterior al sistema actual. No se trata, por supuesto, de afirmar que todos los nuevos antagonismos puedan ser absorbidos y articulados por la derecha, pero no cabe ninguna duda de que una amplia porción del potencial anticapitalista puede ser desviada de esta manera y servir a una reestructuración de carácter autoritario.

Nuevos antagonismos y socialismo.

El éxito de tal ofensiva de la «nueva derecha» dependerá, evidentemente, de la capacidad de la izquierda para ofrecer una verdadera contraofensiva hegemónica que logre

articular en un proyecto de transformación socialista las diferentes luchas que se desarrollan en la actualidad en todos los niveles de las relaciones sociales. Por tanto, dicho proyecto no puede limitarse a cuestionar la estructura de las relaciones capitalistas de producción, sino que también ha de cuestionar el modo de desarrollo de las fuerzas productivas inherente a la racionalidad capitalista. Ciertamente, el capitalismo, como *modo de vida*, está en el origen de infinidad de formas de dominación contra las que luchan los nuevos movimientos sociales. Así pues, el modelo tradicional de socialismo, con sus características fordistas y productivistas, ya no puede ofrecer una alternativa a la crisis de la sociedad actual y ha de ser reformulado profundamente. Se trata de proponer otro tipo de desarrollo cuya lógica no sea ya la producción de un máximo de bienes materiales para los cuales hay que crear constantemente nuevas necesidades, y que conduce a una progresiva destrucción de los recursos naturales y del entorno. Hoy, un proyecto socialista que no tenga en cuenta las luchas del movimiento ecológico y antinuclear está imposibilitado para aportar por sí mismo una solución que esté a la altura de los problemas que padecemos. Cabe afirmar otro tanto de un socialismo que no realice una crítica seria del papel desproporcionado que se le atribuye generalmente al Estado. Porque, efectivamente, éste ha sido presentado como el instrumento necesario para remediar la anarquía capitalista. Pero después de la experiencia del Estado keynesiano una buena parte de ese proyecto ha sido realizada por la propia burguesía, y esta intervención creciente del Estado —como ya hemos indicado— es la causa de toda una serie de luchas nuevas que expresan resistencias a la burocratización progresiva de la vida social. Por tanto, un proyecto que aspire a articular desde la izquierda todo ese potencial no puede reducirse a proponer «más intervención del Estado», sino, por el contrario, la creación cada vez más amplia de esferas de autodeterminación y de autogestión para los individuos y para los ciudadanos. Eso no quiere decir que haya que aceptar los argumentos de la nueva derecha y caer en la trampa de la reprivatización. El Estado debe asegurarse el control de los sectores clave de la economía y no tiene por qué abandonar los diferentes servicios asistenciales, sino que todos esos ámbitos deben ser organizados y controlados por los trabajadores y por los usuarios y no por mecanismos burocráticos. En caso contrario, todo el potencial de resistencia antiestatal suministrará un terreno privilegiado a las ofensivas de la derecha que intentará, sin ninguna duda, articularlo en su propio proyecto.

En lo que concierne al movimiento feminista, está claro que lo que exige es una verdadera mutación antropológica; pero ésta no tiene nada de utópica, porque empezamos a ver que en una sociedad donde el desarrollo de la ciencia y de la tecnología se orientan a una liberación del individuo y no a su avasallamiento, cabe crear nuevas relaciones sociales que posibiliten una verdadera igualdad entre los sexos. Las consecuencias de la automatización en lo relativo a la reducción de la jornada de trabajo y el derrumbamiento de la propia noción de trabajo que aquella implica, deberían permitir, en efecto, una transformación profunda del modo de vida actual y de la división sexual del trabajo que tan importante papel desempeña en la subordinación de las mujeres. Pero, para que sea posible semejante cosa, es preciso que la izquierda abandone su actitud conservadora con respecto al progreso y reconozca la importancia de los cambios que están produciéndose, con el fin de poder asegurarse su dominio. Con demasiada frecuencia, en efecto, y en virtud de una actitud defensiva en relación con las tesis de la sociedad postindustrial, se oye decir que nos encontramos en una sociedad capitalista y que nada ha cambiado. Mas, si bien es cierto que seguimos estando bajo el capitalismo, también es verdad que muchas cosas han cambiado desde los análisis de Marx y que hoy nos encontramos en el centro mismo de una importante reestructuración. Si su salida es un fortalecimiento del capitalismo o, por el contrario, un paso adelante en la construcción de una sociedad autónoma, no lo sabemos; todo va a depender de la capacidad de las fuerzas en presencia para articular las luchas que están desarrollándose, con objeto de utilizarlas como palanca pa-

ra la creación de un nuevo sistema hegemónico que será más autoritario o más democrático según el proyecto que consiga imponerse.

Por supuesto, no cabe la menor duda de que todo va a jugarse en torno a la democracia, puesto que sólo se logrará articular la multiplicidad de luchas que hoy caracteriza a las sociedades capitalistas si se parte de un proyecto que respete su especificidad y su autonomía. ¿Cómo institucionalizar tal pluralismo? Este es el problema decisivo de nuestra época. Estamos todavía muy lejos de haber elaborado la solución, y, para elaborarla, es necesario proponer un concepto radicalmente nuevo de democracia. En efecto, el concepto del que disponemos por el momento es completamente inadecuado para hacerse cargo de la amplitud que debe tomar la lucha por la supresión de todas las relaciones de dominación y para la creación de una verdadera igualdad y participación en todos los niveles de la sociedad. Ya que no puede bastar la superación de la idea liberal de democracia ligada a la participación parlamentaria añadiéndole múltiples formas de democracia de base, por medio de las cuales participen los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos y los obreros en la gestión de las empresas. Más allá de estos objetivos tradicionales es importante reconocer la existencia de otros objetivos sociales y su carácter político: las mujeres y las diferentes minorías también tienen derecho a la igualdad y a la autodeterminación. Este pluralismo, por consiguiente, no puede limitarse al pluralismo de los partidos, sino que debe ser, verdaderamente, un *pluralismo de los objetivos*.

El proyecto de sociedad que se desprende de la articulación de las luchas de los nuevos movimientos sociales con las de la clase obrera es el de una sociedad en la que no sólo exista una participación real de todos los individuos en todas las decisiones que conciernen a la organización de la vida social, sino también una igualdad real entre todos los seres humanos con independencia de su sexo, raza u orientación sexual. No estamos hablando de un «postsocialismo», sino de *otro socialismo*. O acaso sea de comunismo de lo que deberíamos hablar.

¹ La expresión *fordismo* se ha utilizado aquí simplemente para designar el tipo de proceso de trabajo caracterizado por la cadena de montaje semi-automática, establecido en los Estados Unidos a partir de los años 20, y no en el sentido amplio en que lo emplea, por ejemplo, Michel Aglietta en *Regulación y crisis del Capitalismo*, (Madrid, 1979. Ed. Siglo XXI), donde este término designa el conjunto de condiciones sociales ligadas a lo que Aglietta llama el «régimen intensivo de acumulación». La posición defendida aquí está ciertamente más próxima de la de la Aglietta que de la de los teóricos del «capitalismo monopolista»; sin embargo, nosotros consideramos que nuestra periodización del capitalismo sobre la base de *sistema hegemónicos* es preferible a la de «regímenes de acumulación», porque permite expresar la articulación entre formas económicas, políticas y culturales de manera no economicista, mientras que la utilización de la expresión «régimen de acumulación» deja el camino abierto a interpretaciones economicistas.

² Antonio Negri: «John M. Keynes et la théorie capitaliste de l'état en 1929», dans *La classe ouvrière contre l'état*. Paris, 1978.

³ Eso no quiere decir que el capitalismo no haya logrado articular determinados aspectos de la subordinación de las mujeres de una manera funcional para su reproducción. Por supuesto, en la medida en que él se ha desarrollado en una sociedad en la que esta subordinación existía, el capitalismo ha procurado adaptarla en su beneficio, lo que en algunos casos ha contribuido, sin duda, a fortalecer dicha subordinación. Sin embargo, hay todo un aspecto del desarrollo del capitalismo que tiende a hacer posible el cuestionamiento de esta subordinación.

⁴ Ernesto Laclay y Chantal Mouffe desarrollan extensivamente este argumento en *Hegemony and Socialist Strategy*. New Left Books. Londres, 1982.

Traducción de Juan A. Matesanz